

1 de junio de 2010

Salmo (LXX89) 90

LA BÚSQUEDA DE DIOS EN EL TIEMPO EL SALMO NONAGÉSIMO (LXX OCTOGESIMONONO)¹

“Dios ha puesto *eternidad* en el corazón del hombre” (Ecl 3:11)

“Dios ha puesto *límites* a la habitación del hombre” (Hch 17:26)

Tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Estas palabras evocan el paso del tiempo en las edades del hombre. Por una parte nos hablan de un relevo generacional en el que los hombres se ven arrinconados y barridos, ya por la edad, ya por la muerte, en dirección al lugar de donde no hay retorno y donde nada vale nada. Por otra, hablan asimismo de la opacidad inherente al paso de las generaciones, el punto ciego que supone la repetición y reproducción de los errores reiterativos de las edades: hay en el vehículo del tiempo una suerte de inercia, como una rémora, un balance de justicia retributiva implacable, haciendo padecer a cada cual lo que otrora infligiera a otros en su momento de esplendor vital. ¿Cómo reaccionar ante ello? ¿Con enojo y castigo, o con comprensión y misericordia?

La pérdida de ser sólo la suple Dios mismo (quién lo da) **porque es eterno**, y en ese sentido, invencible.

Tú has venido a ser (γίγνομαι) nuestro refugio. El v.3 puede leerse también así: “*Pones en fuga al hombre hasta bajar su altivez*”, hasta reducirlo al polvo, hasta desalentarlo. Hasta el v.11 es asumido un lenguaje de enfrentamiento, belicoso y aguerrido (θυμός, ὀργή, φόβος/ira o furor, indignación, terror) digno de la tensión trágica de la antigüedad.

Para que Dios llegue o venga a ser un refugio, es preciso que el hombre atravesase una experiencia o período de **irritabilidad** suscitado por una sugestión de las circunstancias tenidas o sufridas como **adversas**. Según C.S. Lewis (*Cartas del diablo a su sobrino*, carta XXI), los encargados de tal sugestión son los diablos, empeñados en engendrar en nuestra mente falsas expectativas de vida que nos acabamos creyendo como legítimas exigencias, infundiéndonos ideas de derechos y propiedades, que cuanto más nos parece que se nos deniegan (es decir, cuanto menos las alcanzamos), más ofendidos, contrariados y escandalizados, malhumorados nos sentimos manifestando la correspondiente quejumbre (tono que manifiesta el salmo desde el v. 3 hasta el 11).

Quizá por este motivo “lo de Dios” se convierte en un **deseo** y los hombres pasamos a entender “lo de Dios” como un **arrebato** (en contraste con Fil 2:6) porque ya no podemos buscar a Dios (imitar a Dios) con espontaneidad (v.11) ya que a través del deseo, perversión de la voluntad y de la convicción (διαβολή, desavenencia) se nos ha escapado, se nos ha hecho inalcanzable: Dios nos supone (opone) θυμός, ὀργή y φόβος porque como dice el evangelio fácilmente nos ponemos a ver la paja en el ojo ajeno, proyección de lo que tenemos en el nuestro y “no” vemos en nosotros mismos.

¹ v.9: “ὅτι πᾶσαι αἱ ἡμέραι ἡμῶν ἐξέλιπον καὶ ἐν τῇ ὀργῇ σου ἐξελίπομεν τὰ ἔτη ἡμῶν ὡς ἀράχνην ἐμελέτων”; atención a la aparición inusitada en la versión griega del trabajo laborioso y reiterado de **una araña tejiendo su telaraña**, preocupación con la cual consume el tiempo de la vida: *porque todos los días nuestros no fueron bastantes y en tu furor descuidamos los años nuestros a la vez que tejíamos una tela de araña*. Séame permitida una leve libertad en la traducción.

La declinación de la vida del hombre (v.9) tiene su parangón en la dilatación del tiempo de Dios (v.4). La temporalidad, la fugacidad de la existencia en (el) tiempo se **alarga** hasta el punto de **encoger** nuestra alma, es decir, de hacer manifiesto nuestros yerros (v.8), nuestras irregularidades y anomalías (ἀνομίαι, v. 8) a la luz de Dios, o lo que es lo mismo: terminarán por salir a flote por lo que nosotros mismos somos o hemos llegado a ser, tan sencilla y llanamente; pues en el proceso del deseo hay siempre implicado un ocultamiento y di-simulación, prometiéndolo irrealización (“cosas ocultas desde la fundación del mundo”), que termina por provocar un mal interior, una corrosión que vendrá a manifestarse en profundas insatisfacciones recurrentes futuras redundando en crisis perentorias y diferidas que se dilatan en el tiempo: el tiempo de la angustia es “eterno”. Además, nos parecerá que todo ello nos aleja de Dios, de su propósito de vida para nosotros y que vamos a la deriva, carga y pesar de la existencia: tal es el quebrantamiento de la robustez (v.10).

*

El refugio de Dios es una sabiduría en el corazón. En la Biblia, por lo general, los asuntos sapienciales adoptan un tono existencial que discurre, no tanto en la línea del ideal ilustrado del saber como conocimiento, envuelto en un aparato discursivo y racional, reproducible y transmisible de manera meramente **verbal** (ya oral, ya escrita); cuanto en el sentido de la experiencia misma de la vida que es fruto del **soportar**, sufrir y padecer, un **saber vivir** o **saberse vivo** en medio de tensiones, afanes, dificultades, sutilezas de la vida... que se transmite no sólo ni tanto verbalmente cuanto más *presencialmente*, a través del amor, misericordia, caridad, gracia. Este saber vivir tampoco está en línea de lo que clásicamente se ha llamado “la buena vida”, basada en el cultivo de la propia personalidad, o en el actual concepto corriente de crecimiento personal. Según Proverbios, la sabiduría tiene su principio en el temor reverente de Dios, pero su fin, en el cap. 8, es tener deleite delante de Dios todo el tiempo, tener solaz, recreo y juego (la versión catalana dice de la sabiduría “infantó que hi jugava”, como una figura *fruto* del amor a la vida), algo lúdico, delante de Dios. Por contraste cabría interpretar según Eclesiastés que la sabiduría de “los muchos conocimientos” sólo da trabajo y aflicción y por tanto no sirve para “saber vivir” la vida que Dios da sino la que quiere el hombre, pretendiendo alcanzar por la vía de la ciencia comodidad, orgullo.

Saberse vivo, en suma, implica haber vivido (v.12) y quién ha vivido alberga una verdad (¿de Dios, del hombre?): sabe que lo que está por venir, por suceder, tiene apariencia de **incertidumbre**, mientras que en lo que ya ha pasado, en lo que ya ha sucedido, es posible desentrañar y desenmarañar una **lógica** que dé razón de cuantas cosas han llegado a ser hasta el momento presente. Entendiendo esto, el v.12 indica más bien una mirada al pasado. El mundo antiguo, por lo común, ofrecía una visión de la vida del hombre más bien negativa por efímera (a saber, contada en días, ver Gn 47:8,9 p.ej. donde Jacob declara a sus 138 años que los días de su vida han sido *pocos y malos*, o bien la expresión póstuma referida a los patriarcas una vez fallecidos, estaban “*hartos de días*”)². Concorre además la posibilidad de *perderse* en el pasado (la melancolía, p.ej. la mujer de Lot, o aquél que poniendo su mano en el arado mira atrás...) ¿Es cuestión de olvido, como parece sugerir Pablo en Filipenses?

No, es cuestión de reflexión, recapitación, propósito, aliento y proyección; en definitiva, de **sentido**. Así, la búsqueda de Dios como refugio deviene la búsqueda del sentido de la vida, para

² Aunque quepa entender en sentido hebreo una connotación de plenitud en esta expresión, con todo hace referencia a un finar de la existencia, y a causa de la tensión temporal implicada que mencionábamos arriba, y que el salmo entretiene, bien podría leerse *hastados de días*.

ver si se reconoce o no la mano de Dios en nuestro andar. Para tener, pues, una proyección de vida, una vida *perfecta* (más que en el aspecto moral, en el aspecto de plenitud, de compleción) hay que *volver* a contar los días bien que ahora ya con otra mirada, la de Dios. En el v. 15 (“Alégranos conforme a los días en que nos afligiste, y los años en que vimos el mal”) posiblemente los días a los que se hace referencia sean los mismos aunque ahora apreciados según la óptica o la lógica divina y, por eso, dignificados (la vida se hace completa y/o perfecta si tiene *sentido*). También en el v.16 dice: “aparezca en tus siervos tu obra”; y en el 17: “confirma (κατ-εὐθύνω: “dirigir en línea recta, pedir cuentas a”), endereza, la obra de nuestras manos”, nuestra vida.

Como indicábamos más arriba, el deseo acaba manifestando una quejumbre, lo que queda plasmado entre los v. 3 y 10. Entre los v.13 y 17 ahora aparece la contrapartida. Si en la primera parte sucedía la proyección de los propios pesares referidos a la voluntad misma de Dios (lo que decíamos antes acerca de la paja en el ojo ajeno), en la segunda hemos aprendido la *paciencia* y ya podemos invocar a Dios a través de ella y del propósito de la misma; la clave la da el uso del mismo verbo “volverse” (ἀπο-στρέφω v. 3; ἐπι-στρέφω v. 13).

El v.12 dice “enseñanos” y abre una serie de imperativos rogativos hasta el final del salmo. Sin duda plantean una *petición* a Dios; y a través de ese aspecto propio de la gramática se produce una inflexión que hace de la búsqueda de Dios una **realización**, ya no sujeta al engaño del deseo sino a la convicción de la voluntad. Para entender y verificar este salto, podemos aducir una fórmula litúrgica que cita Pablo en 1ª de Corintios 16:21 *maranata*. Si se lee maran.ta (según la biblia catalana, que dice traducir del hebreo directamente) se entiende “Señor nuestro *ven*”; no obstante, también se puede leer maran.ata, lo que da a entender “Nuestro Señor *viene*”. Quizá con toda probabilidad, en la mentalidad piadosa constelaban expresiones equivalentes, aunque gramatical (al menos para nosotros, según la flexión verbal de nuestras lenguas, diferentes a la del hebreo) y significativamente no lo son: la primera expresa un deseo-petición, mientras que la segunda, una certeza. Tomando como símil ese salto, a partir del v.12 hay que notar la insistencia de los imperativos en la petición y al mismo tiempo la seguridad, la impresión de certidumbre que provocan, hasta la afirmación rotunda final del v.17 “Sí” (enseñanos, vuélvete, aplácate, sácianos, alégranos, aparezca, sea, confirma). ¿Acaso leyendo esta última parte del salmo tenemos la impresión de se trate de algo probable o condicional, algo sujeto a falibilidad, o que quizá pueda *no ser*?

El conocimiento del propósito de Dios, la lógica rastreada y esclarecida por efecto de la “compañía de Dios” sobre nosotros, el que se haga visible la obra de Dios sobre nuestros días es nada más y nada menos que nuestra **vindicación**, y ello obliga a nuestra vida a asumir una tendencia que la empujara desde el ámbito privado donde permanecía atenazada hacia el ámbito “público” por ejemplar (no en términos morales o virtuosos) constituyendo así una proclamación en lenguaje no (sólo) verbal sino (incluso) *carnal* del poder Dios, que caracteriza al verdadero testimonio de Dios entre los hombres. Tal es el caso del encabezamiento: el 90 es el único salmo dentro del salterio referido a Moisés. Si se trata de una cuestión de autoría o de epigrafía lo que tal referencia indica nos es, a instancias, indiferente, porque lo importante de tal mención es el ejemplo de vida al que apunta, sometida a presiones, a Dios, que constituye.

¿Cuándo fue vindicado Moisés? ¿A los 40 años, prohijado de Faraón, con refinamiento cortésano, aunque también criado por su madre como nodriza, y quizá conociendo así al Dios de Abraham, Isaac y Jacob? ¿A los 80 años, fugitivo y culpable, sometido a un proceso de empobrecimiento de ser, de embrutecimiento respecto de su etapa anterior, formando parte de una

familia pagana y ejerciendo el *noble* oficio de estar entre las ovejas; pero también recibiendo, a la postre, una revelación mesiánica de Dios (a lo que parece contestar allí: ¿ahora me llamas, ahora que *ya no valgo nada* y que ya ni sé hablar?)? ¿O a los 120 años, recuperado el sentido de su vida por la vocación-restauración de Dios como *pastor* de su pueblo, aunque también llamado a ser relevado en el mando y teniendo una visión de la tierra prometida bien que, en suma, no pudiendo entrar en ella?

Moisés aprendió a soportar con paciencia los embates de la vida para que el propósito de Dios *se hiciera visible patentemente en ella*.